

LA SOCIALDEMOCRACIA HOY

Maestra María Pastora Novoa Portela

Reporte de investigación

Número de proyecto 830

Área de investigación: Integración Económica.

Enero 2010

INTRODUCCIÓN

Este ensayo no pretende más que ser un esbozo de incertidumbres, de las inquietudes que suscita el complejo entramado social en una realidad cambiante y simbólica en muchas de sus expresiones.

En este corto estudio se intentará establecer una posible lectura de la realidad actual, a través del análisis de una de las corrientes ideológicas más importantes y tradicionales del sistema político y económico: la socialdemocracia.

El mundo contemporáneo se caracteriza por cambios profundos en su funcionamiento, hasta tal punto que se afirma ya la presencia de una impenetrabilidad, y por ende, de una incapacidad para la comprensión de los nuevos agentes, actores y relaciones sociales existentes. Opinamos que esa aparente impenetrabilidad que muestra el sistema puede tener una explicación en la dinámica del mismo: las modificaciones experimentadas en las relaciones político-económicas de los últimos años han conducido al rompimiento del bloque histórico emergido de la postguerra, con el consiguiente debilitamiento de las instancias encargadas de controlar las fuerzas centrífugas del sistema (léase Estado). Este quiebre no ha sido producto de la capacidad expansiva de algún nuevo proyecto social; por el contrario, ha sido precisamente la ausencia del mismo, la que ha signado la profundidad de la presente crisis y ha promovido, al mismo tiempo, el desencanto acerca del pensamiento teórico, el cual ahora, más que nunca, se ha visto obstaculizado para aprehender un objeto mutable por naturaleza, como lo es la formación social, la que, en el momento actual, da la impresión de haberse desprovisto de cualquier racionalidad anteriormente conocida. Creemos, sin embargo, que vivimos un mundo de apariencias engañosas, en donde el espíritu y la esencia del capitalismo -como proyecto hegemónico- se mantienen, aunque las formas hayan cambiado sustancialmente; esto, naturalmente, ha puesto en cuestionamiento la razón de ser del Estado y de todos los actores y agentes sociales.

El debilitamiento de los mecanismos de mediación y canalización de las demandas sociales son parte fundamental de este fracaso. Por tanto, la socialdemocracia, como organización partidista y como proyecto político, se ha visto igualmente cuestionada e interpelada por la propia realidad. Su planteamiento teórico ha ido perdiendo visos de futuro; la senda hacia el poder fue un fin en sí mismo, lo que los orilló a limitar "lo posible". Como consecuencia de lo anterior -y aunado a su falta de un adecuado análisis de la realidad- se ha abandonado la utopía y el objetivo social inicialmente trazado.

La participación de la socialdemocracia al interior de los esquemas de poder coadyuvó de manera crucial al sostenimiento del sistema, valiéndose de la concertación interclasista que combinaba políticas keynesianas, en lo económico, y un reforzamiento de la democracia representativa, en lo estrictamente político. Esta fue la táctica que los partidos socialdemócratas emplearon, incorporada dentro de una estrategia más global de supuesta transición pacífica al socialismo, voluntad emanada de los principios de la II Internacional, pero que se vio socavada fuertemente en Franckfort en 1951.

La socialdemocracia logró colocarse en una situación privilegiada para reorientar las bases del proceso de acumulación de capital, en un periodo histórico que se vio compelido al reconocimiento del mundo obrero como una fuerza viva y problemática para el capital. El análisis de estos elementos forma parte de la primera parte de este trabajo, ya que partimos del principio según el cual la historia no sólo no ha muerto sino que es un factor explicativo determinante para aprehender el presente.

En el segundo punto trataremos el tema de la postguerra y del afianzamiento en el poder del proyecto socialdemócrata, y cómo este hecho contribuyó al desgaste político de la clase trabajadora, planteándose, por ende, el comienzo de la reorientación y desmovilización del principio original de transición al socialismo por otro más práctico: conseguir y mantenerse en el poder. Esta norma permeará toda la estrategia socialdemócrata en adelante, produciéndose una aguda competencia con la derecha que no tendrá como escenario fundamental la diferenciación en torno a un proyecto ideológico sino el espacio limitado del poder, concluyendo con un proceso de "neoliberalización" que a la larga la llevará a problemas de identificación con sus propias bases sociales, tal y como abordaremos en la tercera parte del trabajo. Para finalizar, daremos un breve repaso al problema que se le plantea a la socialdemocracia en América Latina y el reto que la región le representa a esta corriente política.

1. LA SOCIALDEMOCRACIA: UN PROYECTO PARA LA ESTABILIDAD

El camino histórico recorrido por la socialdemocracia desde su fundación ha devenido en un constante abandono de los principios y objetivos que le dieron origen, cayendo progresivamente en una lógica pragmática que le ha permitido consolidar su posición en el escenario político, tanto a nivel nacional como a nivel internacional.

Aún cuando en su origen el concepto socialdemócrata contiene una alta dosis revolucionaria (inclusive hasta el estallido de la Revolución Rusa de 1917), su posición teórica respecto a las condiciones que habrían de conducir a la transición del capitalismo al socialismo ha condicionado fuertemente la praxis realizada. Efectivamente, ha sido su apego ferviente al principio teórico de la necesidad de maduración de las contradicciones objetivas del sistema capitalista como condición para dicha transición la que ha justificado su quehacer político, posibilitando con ello la verificación de un proceso de reacomodamientos constantes en el interior de la misma, a efecto de poder adaptarse a las transformaciones implícitas en el desarrollo del capitalismo.

Bajo tal criterio, la evolución de la socialdemocracia ha corrido pareja a la del sistema, al mantener una posición no contradictoria en esencia respecto al mismo. El hecho de concebir a la organización socialdemócrata como "... un partido revolucionario (y) no (como) un partido que nace de la revolución" (Karl Kautsky) le ha permitido incrustarse perfectamente dentro de la estructura institucional del sistema capitalista, valiéndose de su aceptación explícita de los mecanismos democrático-liberales para encauzar su actividad política. En el mismo sentido han operado una serie de presupuestos teóricos económicos para explicar su connivencia con la miríada de los partidos francamente prosistémicos existentes: la supremacía de la lógica del mercado como soporte en última instancia de la racionalidad económica y la aceptación de la propiedad privada como mecanismo vehiculizador de tal racionalidad. Lo anterior significaría un rompimiento total con las concepciones de la izquierda más consecuente.

El periodo clave en el proceso de reformulación de la práctica socialdemócrata se puede ubicar en la crisis producida al interior de la Internacional Socialista como resultado de la orientación de la Revolución Rusa y del leninismo, por una parte, y en otro sentido, en el fortalecimiento de las posiciones reformistas, strictu sensu, en la misma institución. A partir de este momento la estrategia de la socialdemocracia oscila entre el compromiso revolucionario de los izquierdistas y el abandono total al sistema de los reformistas, en suma, se trata de consolidar una opción "tercerista" que la diferencie de ambos polos del espectro político.

No obstante ello, el real detonante de la expansividad del proyecto socialdemócrata se encuentra en la crisis de 1929, cuando el mito de la estabilidad perpetua del sistema se pierde completamente y con ello se abre la receptividad social a los más variados proyectos políticos anticrisis. En este sentido, resulta necesario reexpresar el significado de tal crisis a fin de evitar un sesgo economicista en la interpretación del avance socialdemócrata.

Retomando algunos planteamientos elaborados por Massimo Cacciari (1) podemos afirmar que las crisis en un sentido amplio no son resultado exclusivo del recrudescimiento en las contradicciones que un modelo económico contiene implícitamente, tal y como es afirmado regularmente; más bien las crisis se explicarían por el fracaso de los proyectos sociales que se encuentran soportando un determinado entramado económico. En este sentido, la crisis que estalla en 1929 implica, sobre todo, el fracaso del proyecto liberal - dominante hasta ese entonces- pues fue en ese momento en el que se hizo evidente su incapacidad para seguir preservando las relaciones económicas y políticas que bajo su impulso habían sido construidas.

La creciente concentración de la capacidad productiva, ocurrida bajo el amparo de las leyes de la "libre competencia", le había impuesto límites muy estrechos a la relación economía-política vigente, pues el anárquico desenvolvimiento de la economía se vio acompañado por una marcada distribución desigual de los ingresos nacionales, aspecto que reducía el espacio para la acumulación de capital al promover un lento crecimiento de la capacidad adquisitiva de los sectores asalariados de la sociedad. Este proceso se agudizó durante el transcurso de la crisis, dislocándose las relaciones de dominación ejercidas por el bloque en el poder, abriéndose entonces un vasto campo para la competencia de los más diversos proyectos sociales.

Es en este contexto en el que comienzan a retomar fuerza las organizaciones laborales y los partidos políticos que se reivindicaban como tales; es, asimismo, este ambiente el que acompaña el surgimiento de un nuevo paradigma económico que habría de convertirse en la piedra filosofal del movimiento socialdemócrata: el keynesianismo.

La "Teoría general" de Keynes ocupa una posición fundamental en la explicación de las características que habría de adoptar el sistema mundial a partir de la cuarta década del presente siglo.

El proyecto económico keynesiano puede ser sintetizado en los siguientes términos: el punto de partida de Keynes lo constituye el rechazo de uno de los dogmas más venerables de la teoría económica clásica, la llamada Ley de Say, mediante la cual se afirma que en todo momento la economía se mantendrá en continuo equilibrio entre la oferta y la demanda globales; el abandono de este dogma lleva a Keynes a plantear lógicamente la posibilidad de que la economía se encuentre víctima de desequilibrios en los diferentes

mercados que la integran, y que ello impediría alcanzar niveles de actividad económica de pleno empleo, tal y como pudo ser ampliamente comprobado durante el periodo de dicha crisis. La explicación última de tales problemas sería, de acuerdo con Keynes, la existencia de un déficit de demanda efectiva, esto es, el lento crecimiento del gasto agregado respecto al crecimiento de la productividad.

Resulta importante señalar que el planteamiento keynesiano acepta una cierta irracionalidad macroeconómica en el desenvolvimiento libre de las fuerzas del mercado, la cual contribuyó poderosamente para amplificar el comportamiento cíclico mostrado durante ese periodo, y que existe, por tanto, la necesidad de establecer un mecanismo corrector de tal irracionalidad, función que recaería en el Estado, el cual al ser transformado pasaría a ser el protagonista de un nuevo proyecto económico y político.

Tenemos entonces que la política anticrisis, sugerida por el marco keynesiano, se puede resumir en una sola idea: incrementar el gasto público de manera acelerada, independientemente del rubro específico al que se aplique, a efecto de compensar las deficiencias presentes en la demanda agregada, estrategia que permitiría, mediante los efectos multiplicadores implícitos en la economía, inducir una pronta recuperación en el comportamiento de la economía.

La puesta en marcha de este proyecto económico requería, sin embargo, de la existencia de un escenario receptivo a la exploración de políticas alternativas así como de la presencia simultánea de un proyecto político que pudiera promover su aplicación, siendo desempeñado este papel por los partidos de orientación socialdemócrata.

Si realizamos una lectura política del proyecto keynesiano podemos apreciar que el reconocimiento de la necesidad de la participación estatal implica únicamente el "reformular" el funcionamiento de la economía capitalista, y en este mismo sentido debe entenderse la necesidad de preservar la capacidad adquisitiva del conjunto de la sociedad; esto es, el keynesianismo no deja de ser una visión de la crisis desde la derecha (2).

En otro sentido, podemos afirmar que la lógica de intervención estatal contiene implícita la transformación del programa cultural de la clase obrera. Retomando los argumentos desarrollados por Claus Offe (3), el proceso de formación cultural del trabajador transcurre de acuerdo con la situación de éste al interior del proceso productivo; así, podemos hablar del obrero activo -que se encuentra efectivamente integrado al circuito salarial-, y del obrero pasivo -que correspondería a la definición marxiana del trabajador inscrito en el ejército industrial de reserva. En el caso del primer tipo de trabajador es la misma lógica productiva la que va constituyendo cotidianamente la integración cultural del obrero al proyecto dominante al convertirlo partícipe fundamental en la relación mercantil; por su parte, en el caso del trabajador pasivo, es necesaria

la participación de alguna instancia societal que se encuentre por fuera del proceso productivo a fin de contener la actividad cultural de este sector social potencialmente conflictivo.

Es en este último caso que resulta crucial el activismo estatal para instrumentar una política integradora que cierre espacios a la formación de algún proyecto cultural emergente de tintes antisistémicos. El contenido particular de la propuesta keynesiana reside en la posibilidad de crear una visión fetichizada del Estado, al desarrollar la posibilidad de encarnar en la figura de éste una imagen de arbitrio consensual, a partir de la elaboración de un programa reformista que permita la reabsorción, desde sus bases mismas, del conflicto social latente en el funcionamiento del capitalismo.

Por otra parte, el fordismo proponía el incremento en las remuneraciones a los trabajadores como una condición esencial para impulsar la estrategia de ampliación del mercado interno, aspecto determinante para el funcionamiento de las relaciones sociales de producción que se encontraban en un proceso de modificación en ese momento(4)

La crisis de 1929 supuso la confirmación de las previsiones de Ford respecto a la desproporcionalidad presente entre la capacidad productiva y la demanda efectiva existente, tornándose entonces este modelo de relaciones laborales en un componente prioritario para la reorganización del proyecto estatal.

Así, el desarrollo de la teoría económica keynesiana y el arribo de Franklin D. Roosevelt a la Casa Blanca confirmarían las nuevas tendencias en el desarrollo de la administración de la cuestión pública. A partir de ese momento se avanzaría en la consolidación de una nueva relación laboral en la que el Estado se coloca en el centro de esa problemática, impulsando el establecimiento de normas que regularan la fijación de salarios mínimos, de leyes que redujeran la duración de la jornada de trabajo, la indemnización de los accidentes laborales, así como el establecimiento de un seguro de desempleo que impidiera una caída abrupta de la demanda. En suma, el nuevo estado keynesiano no hace sino institucionalizar la propuesta fordista.

El Estado pasa entonces a ser la pieza fundamental en la regulación de la relación capital-trabajo, adquiriendo una apariencia prácticamente hegeliana, lo que permitiría la redefinición de las estrategias de las diversas organizaciones políticas (partidos, sindicatos), destacando el caso particular de los partidos de orientación socialdemócrata quienes podrían plantear abiertamente la posibilidad de alcanzar sus objetivos supuestos de transición pacífica al socialismo luchando desde el Estado y no en contra de él.

Esta peculiar lectura nos permite establecer una vinculación con el desarrollo de la estrategia socialdemócrata, y poder afirmar la existencia de una serie de puntos coincidentes entre ambos modelos, los cuales permitieron, al ser combinados, su transformación en el bloque histórico que habría de caracterizar el escenario social de la segunda posguerra.

Podemos afirmar entonces que el proyecto socialdemócrata que emergió de la II Internacional de 1907, y que se afianzó electoralmente durante los años sesenta, utilizó en la práctica el espacio que la teoría keynesiana le ofreció; así, a nivel de las políticas concretas, el incremento del gasto agregado que intuía el keynesianismo fue concretado en la implementación de un Estado de Bienestar, mediante la construcción de un andamiaje institucional destinado al procesamiento del conflicto social a partir de la inversión social del gasto público. De tal manera la estrategia keynesiana de pleno empleo incide directamente sobre la productividad política de la clase obrera, al promover la constitución de un nuevo marco cultural que impida la fragmentación del proceso de significación de los trabajadores, esto es, las instituciones de bienestar contribuirán poderosamente a la incorporación del trabajador, tanto el activo pero sobre todo el pasivo, a la lógica del nuevo proyecto dominante del capital, creándo una cosmovisión totalizadora que involucra en el proyecto reformista a la formación social en su conjunto (5). De esta manera el keynesianismo lograría instituirse como la forma de dominación de ese periodo histórico concreto al diseñar una propuesta con capacidad efectiva para resolver la crisis orgánica por la que atravesaba la sociedad tardocapitalista y reestablecer las relaciones sociales del capital.

En base a lo anterior, la movilidad social inducida por la persistencia de la crisis logró ser canalizada a través de los mecanismos democrático-liberales, reforzando la base de apoyo social de la plataforma socialdemócrata, lo que le valió a los partidos de esta orientación alcanzar el control del aparato estatal.

Finalmente, el desarrollo del sistema capitalista habría de promover la incrustración definitiva de la organización socialdemócrata en el corazón del mismo, colocándola en una situación de privilegio para reorientar las bases del modelo de acumulación del capital. A partir de este momento la estrategia socialdemócrata experimentó un viraje sustantivo: la perpetuación dentro del mismo sistema se convirtió en su objetivo prioritario.

La socialdemocracia, sin abandonar sus postulados de libertad, igualdad y democracia, encontró en este esquema el marco más adecuado a su estrategia de cambios graduales, aunque las condiciones determinadas por la progresiva participación de las masas populares en lo político así como la promoción de una cierta justicia económica progresiva, terminarían alejandola de una democracia plena, limitando entonces el contenido de su proyecto democrático a su sentido etimológico estricto, es decir, el gobierno del pueblo. Profundizar la democracia, mantener una democratización constante, no sería un simple método, sino una manera de vivir, una tendencia hacia una forma de

entender la vida; y es en este proceso que la libertad y la igualdad se realizarían sin rompimientos bruscos. Estaríamos en presencia de lo que Lenin consideró como "una situación histórica única" en la cual "corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, luchas políticas y sociales absolutamente opuestas (se) han fusionado (...) de una manera sorprendentemente "armoniosa" ..." (Cartas de Afar, Número 1).

La permanencia al frente del aparato estatal por parte de la socialdemocracia pasó a depender entonces de su actitud real hacia el sistema capitalista, esto es, de su capacidad para evitar enfrentamientos severos en torno a las condiciones de reproducción del sistema. Así, no obstante su objetivo declarado de perseguir la construcción del socialismo, la política efectivamente promovida por los regímenes socialdemócratas consiguió replantear bajo bases más estables el desarrollo del capital, volviendo más funcional el cuadro de las relaciones sociales merced al desarrollo de novedosos mecanismos de procesamiento del conflicto social. El límite de lo posible fue finalmente la condición que se autoimpuso la socialdemocracia para garantizar su perpetuación dentro del sistema.

2. LA CAIDA DEL MUNDO DE POSTGUERRA

La segunda guerra mundial significó políticamente, sobre todo, un socavamiento profundo de las bases teóricas del liberalismo. La creencia de que la satisfacción de los intereses individualistas se produciría en un marco de bienestar general de la sociedad había perdido soporte y caía en el ostracismo.

Las reformas se hacían evidentemente necesarias. A nivel económico era vital la reactivación del proceso de acumulación y la preservación del sistema capitalista en su conjunto; a nivel político sólo la democracia liberal, es decir, el reconocimiento por parte de las élites capitalistas de la necesidad de la participación de los sectores populares cada vez más politizados, podría garantizar la estabilidad del sistema.

La socialdemocracia, que se había convertido en el portador del proyecto más viable para administrar la crisis, no estaba exenta de generar cambios sociales que pudieran atentar contra sí misma. Quizás la modificación más importante experimentada a lo largo del periodo de esplendor de la hegemonía socialdemócrata haya tenido como objeto el mejoramiento en las condiciones del bienestar social y su proyección en la forma de un estímulo creciente a las demandas sociales, objetivo efectivamente perseguido por la plataforma socialdemócrata, pero que, paradójicamente, habría de convertirse en uno de los aspectos más decisivos de la crisis socialdemócrata.

Las reformas sociales impulsadas con un gran éxito por parte de los regímenes socialdemócratas fueron transformadas progresivamente en una especie de "plusvalía socialdemócrata" (6), vale decir, todos los beneficios resultantes de las luchas sociales fueron institucionalizados, con lo cual su eventual restricción devendría en una situación altamente conflictiva, imponiéndose con ello una pesada carga financiera y política sobre el Estado. Este aspecto resulta de trascendental importancia, debido a que el periodo de agudización de la crisis de los setenta -la más severa del sistema de postguerra- coincide con el proceso de maduración demográfica y de las instituciones de bienestar social, estableciéndose entonces una fuerte resistencia a la reducción del gasto público.

Así, el Estado devino en el instrumento de conciliación social, resignificándose como el espacio político de la igualdad, pero también se convirtió en el principal escenario de las contradicciones que el propio sistema creaba. El mantenimiento de ese equilibrio inestable con el que se hallaba comprometido el régimen, consecuencia de la asunción de los intereses opuestos de la sociedad, iba a terminar por romperse en no demasiado tiempo, debido al creciente enfrentamiento entre los dos aspectos que signaron el carácter dual del Estado: la democracia como exigencia colectiva a la participación, y el renacimiento del liberalismo, que reivindicará con renovada fuerza el carácter individualista de la sociedad. No obstante este evidente proceso de transformación del escenario político, los partidos socialdemócratas permanecieron como fieles portadores de su proyecto interclasista.

El carácter instrumental del Estado, que permitió reproducir el sistema sin fuertes quiebres, presionó a la socialdemocracia en el poder a llevar a cabo lo que Habermas ha denominado "política simbólica" (6), es decir, el gobierno recogió las necesidades de los acumuladores privados y las adecuó a la opinión pública. En este sentido operó de manera positiva la transformación de las relaciones sociales, al difundirse los sistemas fordistas de producción y consumo, aspecto que amplió sustancialmente las bases sociales del proceso de acumulación (8).

Lo anterior nos muestra que "...el gobierno (ha tenido) que ocuparse al mismo tiempo, del apoyo de las masas y de los inversores privados" (9), y esto ha dado como resultado un proceso de derechización socialdemócrata cada vez menos simbólico y más real, mostrando una incompatibilidad entre las necesidades prácticas de la política y su propio planteamiento teórico. Esta configuración contradictoria de la socialdemocracia incapacitó, de manera efectiva, a la izquierda, en general, y a la clase obrera, en particular, para generar una respuesta a la crisis que sobrevendría con la caída del mundo de postguerra, disminuyendo progresivamente la capacidad de la socialdemocracia para continuar ejerciendo sus funciones integradoras.

La estabilidad producida por el modelo keynesiano comenzaba a resquebrajarse hacia finales de la década de los sesenta como resultado de la acelerada expansión monetaria internacional, cuya causa fundamental se encontraba en los abultados déficits externos de la economía estadounidense. Este escenario implicaba una rápida acumulación de capital que no encontraba una salida segura y rentable en la inversión productiva, así que éste adquiere una forma líquida y se mueve ágilmente a lo largo del sistema buscando obtener las mayores ganancias rompiendo con ello el relativo aislamiento del estado nacional.

La gravedad de la problemática monetaria internacional forzó a que el gobierno Nixon tomara la decisión de devaluar el dólar y suspender su convertibilidad en oro, lo cual signó formalmente la caída del sistema de Bretton Woods. Lo anterior trajo como consecuencia una mayor desprotección de los estados nacionales, los que se ven sometidos más abiertamente al flujo global del dinero, el cual en su desplazamiento constante obliga a los estados nacionales a buscar establecer condiciones favorables que permitan retener sus capitales. Sin embargo, este nuevo escenario internacional no haría sino evidenciar que la vieja ideología no servía ya y el dominio ideológico del dinero intenta refugiarse en el neoliberalismo, ofertismo, monetarismo, que pregonan la separación de la economía y el gobierno.

Con esta nueva avalancha del capital se resquebrajan las viejas estructuras estatales y corporativas para buscar nuevas formas de realización de la dominación.

El incremento y la generalización de la deuda -aspecto característico de los últimos años de la fase de expansión del sistema de posguerra- suponían una subordinación mayor al dinero por parte de los deudores, ya sean estos públicos o privados, en un periodo en el que la moneda internacional manifestaba la pérdida de sus funciones estabilizadoras; la transmisión de la problemática monetaria a nivel internacional alcanzó rápidamente a las distintas economías nacionales, cuyas autoridades económicas fueron incapaces para enfrentar adecuadamente la crisis que vivía el sistema (*).

El grave conflicto en el que se halla inmerso el planteamiento socialdemocrático toma características específicas dependiendo de los distintos contextos nacionales, sin embargo, existe una serie de elementos comunes que le confieren al mismo un carácter generalizador dentro de la democracia social (10):

a) el temor surgido por la presencia de un creciente desempleo unido al "aristocratismo" de ciertos sectores del mundo obrero ha coadyuvado al incremento de sectores medios que se vuelven conservadores ante la

posibilidad de perder los logros sociales conseguidos, todo ello ha producido un desgaste democrático y político de la clase trabajadora.

b) la aparición dentro de la economía de problemas como el de la estanflación (inflación con desempleo), que dificulta la aplicación exitosa de las políticas económicas tradicionales, lo que se traduce en la desaceleración del ritmo de crecimiento económico y en la imposibilidad para generar perspectivas favorables en el proceso de acumulación.

c) El estrechamiento e las opciones de manejo instrumental de la crisis dentro de los parámetros de la lógica de reproducción del sistema, se tradujo en la incapacidad para producir nuevos planteamientos políticos, o para adecuar los viejos, provoca que grandes capas de la población encaucen su activismo político participando en la organización de movimientos sociales alternativos (feministas, ecologistas, y en general los llamados movimientos marginales), debido a que éstos no se sienten representados ni incluidos ya dentro de la plataforma de los partidos socialdemócratas, ni en la de algún otro partido del espectro político existente en ese momento.

Esta breve descripción de realidades concretas nos hacen plantearnos la envergadura de la problemática social presente en tales sociedades, aspecto que cuestionaba frontalmente las posibilidades del modelo socialdemócrata; una muestra de la trascendencia de los mismos es la siguiente evaluación realizada por un miembro del Partido Laborista británico:

"Desde 1959, el liderazgo parlamentario del Partido Laborista ha estado de acuerdo con la idea de que el consenso de la posguerra, establecido sobre la base del pleno empleo y del Estado benefactor, era una característica permanente de la vida en Gran Bretaña y que el sindicalismo sería conducido a una posición que favorecería a su realización. Esta respuesta no ha podido obtener el apoyo de nuestro pueblo porque ha podido ver, primero, que no contiene en sí misma ningún elemento de transformación y, segundo, que ha fracasado incluso según su propio criterio. Esa política no podría traer consigo un crecimiento, no podría ampliar la libertad, no podría incluso dejar de obstaculizar el desarrollo de la asistencia social y no podría mantener el pleno empleo.

El punto decisivo surgió cuando, en 1976, el FMI se dirige a un gobierno laborista lleno de socialdemócratas ordenándoles que abandonen incluso la socialdemocracia. Estos fueron los antecedentes del fracaso, pero la posibilidad de la fuerza todavía se encuentra allí" (11).

La compleja realidad que nos rodea se desenvuelve en medio de la emergencia tecnológica que se ha convertido en un elemento determinante de las relaciones sociales al interior de la sociedad civil y de ésta con el Estado, de dicho ascenso ha surgido una tecnoestructura, la que ha permitido la aparición de un nuevo sector social: la tecnoburocracia, que representa la articulación de

la política y la tecnología como elementos fusionados dentro del ámbito estatal; por otra parte, y como consecuencia de estas modificaciones, se produce el

desgaste de los mecanismos tradicionales de mediación: partidos políticos, sindicatos, así como el envejecimiento de los instrumentos de canalización de protesta: huelgas, manifestaciones, etc., las cuales han perdido su funcionalidad.

Todas las tentativas de "modernización" estratégica que la socialdemocracia intenta implementar giran siempre alrededor de un mismo elemento, la democracia representativa, es decir, ante la incapacidad para generar alternativas económicas que mantengan el pacto, la concertación social, los socialdemócratas se van tras el enfoque del problema de la justificación de la democracia representativa o parlamentaria. Por ejemplo, una de las teorías más "novedosas" ha sido desarrollada por Rawls, la cual podría resumirse en los siguientes términos: 1) su teoría es compatible con un sistema de economía competitiva, pero sin descartar que el Estado puede jugar un papel activo en el control del mercado; 2) una sociedad informada por los principios de la justicia podría propiciar la desaparición de las desigualdades sociales; 3) la teoría de Rawls presupone un sistema institucional en el que estén garantizadas las libertades públicas, el funcionamiento de los partidos, la posibilidad de intercambiar opiniones y contrastar programas políticos de forma completamente transparente (12).

Como podemos observar, la imaginación socialdemocrática ha quedado oscurecida por la persistencia de la idea liberal, al grado que las fronteras que diferencian teóricamente las tesis sociales de la socialdemocracia respecto a los esquemas liberales se han ido diluyendo paulatinamente; así, en la actualidad, han llegado a confundirse en la práctica las iniciativas políticas de estas corrientes ideológicas "opuestas".